



sele acudir asiduamente a su oficina o a los tribunales y juzgados, con los arrestos de un joven. Su facultad retentiva era muy grande, y con pasmosa precisión refería episodios históricos nacionales de los últimos setenta años. Oyéndolo rememorar el pasado, uno veía desfilar, como en atrayente caleidoscopio, los hombres y las cosas de otros tiempos, y se sentía transportado a épocas cuya pintura cobraba especial animación y colorido en boca del ameno y chispeante narrador. Cinco semanas antes de su muerte honró estas columnas con un artículo dedicado a recordar, en el primer centenario de su nacimiento, al doctor Justo Arosemena, conspicua figura nacional, de quien él fue dilecto a-

potreros. Para que no se desacreditase demasiado el artículo con que comerciaba, cuidaba de mostrar siempre algunos caballos buenos; y su propósito al comprarme fué el de que yo sirviera de reclamo para los compradores que a él ocurrieran.

El gran conocimiento del mundo que me precio de tener, se lo debo en gran parte a la selecta sociedad en que viví mientras que tuve en poder de mi amo D. Cesáreo. Manteníanse conmigo en el potrero caballos, yeguas, mulas, machos y hasta burros de todas edades y de todas condiciones. Había entre ellos beneméritos veteranos que llevaban en la cruz ó en el lomo, ó en ambas partes, su hoja de servicios, bajo la forma de peladuras más ó menos lustrosas que, por disposición del amo, se sobaban casi todos los días con ungüentos que diz que tenían la virtud de hacer salir el pelo.

Para negociar los animales que no

migo y entusiasta admirador.

Tenía el propósito de consignar por escrito el relato de muchos sucesos importantes que habrían venido a formar algo así como sus recuerdos de anciano. La última vez que con él departimos nos ofreció referir, con lujo de pormenores hoy ignorados, la caída del partido liberal en Antioquia en 1863. Su lamentada desaparición, que vino a ser inesperada porque su robustez y lozanía y su temple de ánimo hacían confiar en una vida centenaria, al par que priva a la patria de uno de sus hijos más preclaros, a la familia del jefe idolatrado y a la amistad del consejero bondadoso y oportuno, priva también a la literatura histórica de un factor cuyo aporte habría sido

echaban pelo, el amo cuidaba de que los compradores no los vieran desensillados. A los muy flacos se les daba arsénico, con lo que, por algunos días, parecían más lucios. A los *patones* se les aplicaba yodo en los menudillos y las cuartillas para que se les enjutasen; a los sarnosos se les embadurnaba de azufre y a todos se les administraban purgas y se les sacaba el haba cuando ingresaban en aquel hospital; y se les almohaceaba, cepillaba y peinaba casi diariamente. A un caballo muy bueno que estaba allí, le faltaba la mitad de cada oreja. El mismo, explicando con qué motivo adolecía de tan grave deformidad, nos contaba que había pertenecido al cura de un pueblo cuyos vecinos, que eran discolors y mal acondicionados, aborrecían a su parroco, y una noche habían desfogado en su caballo las malas

* *Paria*. Caballo que tiene hinchados los menudillos y las cuartillas.

de valor inapreciable.

De Cromos

Crostiwaite

Con esta firma, desde el principio de la guerra, hemos leído en varios periódicos de los departamentos, artículos o sueltos que nos caían en gracia por la exposición dogmático-alemana que formaba el fondo de su argumentación. Nos hacían reír digo, porque de haber tomado en serio los conceptos del autor con cuyo apellido verdadero o supuesto encabezamos estas líneas, resultaría el apocalipsis de San Juan cuando menos apócrifo, es decir escrito sin la asistencia que el Espíritu Santo dió a los demás libros sagrados.

Hoy no dejó de entristecernos el ver que se sirvieran de *Hojitas Sueltas* para a fuer de germanófilos emitir asefecciones erróneas con el falso pretexto de alabar al gran caudillo, patriota cuyo nombre y memoria veneramos los católicos franceses: **el conde de Chambord**. En efecto dice Crostiwaite o Crostowaite en el citado semanario, 16 de Septiembre N° 261... «los mandatarios de Francia sugestionados por la soberbia, el odio y ambición, sacrifican a los franceses haciéndoles creer que si van a la guerra es como defensores de la libertad de la civilización y de las naciones débiles...»

Ahora me cabe preguntar, ¿el pueblo Francés podrá definirse: una manada de (36.000.000) treinta y seis millones de borregos incapaces de pensar, discutir y resolver, que van a las trincheras

pasiones que contra aquél abrigaban.

D. Cesáreo, para dar a este animal el valor que tendría si hubiera conservado la integridad de sus miembros, acordó desorejarlo por entero y fabricarle con piel de ternero nonato unas orejas que, adheridas a la jáquima por medio de uno de los ingeniosos artificios en que D. Cesáreo era tan fecundo, restituyeran al caballo su pristina gallardía.

Yo estaba presente el día que mi amo lo vendió y casi me ahogó la risa cuando vi el empeno que tomaba en regalarle al comprador la jáquima con que le había presentado el caballo. El comprador, que era un mocito de Bogotá muy delicado y encojido, rehusaba obstinadamente admitir el obsequio; pero D. Cesáreo porfió tanto, asegurándole que tenía el mayor placer en que usara la jáquima en nombre suyo, que, poniéndose muy colorado, el joven se desdizo en agradecimientos y tomó el portante llevándose el caballo con la jáquima y las orejas. *Continuara.*